



FERIA DE SANTO TOMÁS, EN BARCELONA



EL SECUESTRO

Cuando volví en mí, miré las tarjetas, y en todas ellas decía lo siguiente:

ELENA FIDALGO, VIUDA DE BUERGO  
Calvario, 110.

No había duda. La propietaria del tarjetero se llamaba Elena, y aquel retrato era el suyo. Decidí, pues, ir en persona á devolverle su prenda, puesto que sabía dónde vivía.

Aquella noche no pude pegar los ojos pensando en ella, y al día siguiente me puse mi mejor traje y me encaminé hacia la calle indicada en las tarjetas.

La casa era elegante. Pregunté al portero, me dijo el piso, subí, llamé, abrieron la puerta, y todo tembloroso pregunté con frase incierta á la criada que salió á abrir: «¿Doña Elena Fidalgo?» «¡Sí señor!» — me respondió. — «Haga usted el favor de entregarle esta tarjeta, dije, alargando una de las mías, y dígame que deseo verla un momento para entregarle una cosa.»

La doncella entró, y pocos momentos después salía una señora joven y bastante guapa, pero no tanto como la del retrato del tarjetero.

Después de saludarla, la dije cortésmente: — «Quisiera ver á doña Elena para entregarle este tarjetero que me encontré ayer en el Retiro.»

— «Soy yo misma, caballero, — me respondió. — Usted perdona, pero... ¿y este retrato?»

— «Esa fotografía, — me respondió un poco ofendida la señora, es la de una bailarina célebre que usted debe de conocer; es la Cléo de Merode. La llevaba á casa de mi modista para que me hiciese un sombrero parecido al de ella...»

## ALMA BATURRA

Tiene razón Unamuno: se conoce á la gente por lo que dice y por lo que hace. Mas como al tipo aragonés se le achaca cierta ingenuidad, hija de la simpleza, tiénese de él un concepto equivocado, si juzgamos por algunos cuentos baturros que se publican.

El *matraco*, podrá ser bruto más que franco, en ciertas ocasiones; pero ¿simple? ¡Buena es él! Quien diga lo contrario, ni ha estado en Aragón, ni cala como debe las baturradas.

Peca precisamente de ladino, con mucha gramática parda; irónico á más no poder, sus chistes muchas veces levantan ampolla.

Y va de cuento. Recientemente, aquí en Barcelona, nos hallábamos en el tranvía un

— ¡Ah! — exclamé con asombro y con cierta amargura.

La señora comprendió lo que por mí pasaba, y sin duda ofendida por aquello que significaba posponerla en cuanto á hermosura á la del retrato, se prometió á sí misma hacer que olvidase á la Merode y... lo ha conseguido.

Desde aquel día fuimos estrechando la amistad, y hoy estoy enamorado de Elena, la cual no será tan preciosa como la bailarina pero tiene una gracia incomparable, y sobre todo... no es bailarina, sino una mujer de su casa que se casó á los veinte y dos años y á los veinte y tres se quedó viuda, y en tal estado sigue desde hace dos años.

Su capital, según me ha dicho ella misma, no es muy grande, pero le basta para sus necesidades. Vive con su madre y una hermana más pequeña.

Ahora no me aburro; todos los días voy á verlas y quizás muy pronto pueda darte la razón y retractarme de todo lo que te decía en mi carta anterior. Por hoy, bástete saber esto que te digo.

Te quiere. — PEPE.

\*\*\*

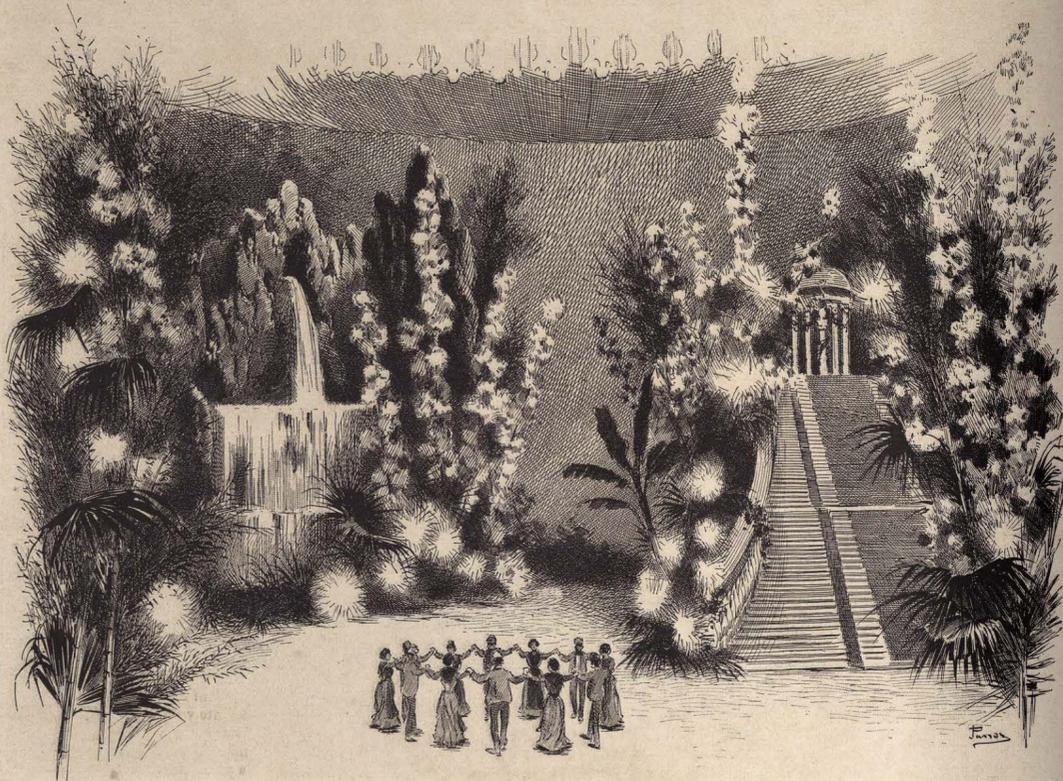
Madrid, 29 de Septiembre de 190...

Mi buen amigo: sólo dos líneas para decirte que ya no me aburro, que soy feliz, y que eres un sabio dando consejos; me he casado con la del tarjetero y no tardará mucho en haber bateo. A ver si vienes á Madrid una temporada para que veas mi nido.

Tuyo. — PEPE.

Por el cartero,

MIGUEL MEDINA



RECUERDO DEL GRAN FESTIVAL CELEBRADO EN EL TEATRO DEL LICEO, LA NOCHE DEL DÍA 28 DEL PASADO MES.



RECUERDO DEL GRAN FESTIVAL CELEBRADO EN EL TEATRO DEL LICEO, LA NOCHE DEL DÍA 28 DEL PASADO MES.

Del natural, por José Passos.

Por los cristales del escaparate veíanse una gran bandeja de dulces y varias botellas.

— ¿Amos á que nos convide Taronji? — dijo uno de ellos, á su compañero.

— ¡Qué! ¿le compras mucho?

La contestación no podía ser más irónica. ¿Qué joyas puede comprar un infeliz peón de albañil? Pero, el baturro es así, brutalmente irónico: no olvidemos ese rasgo de su carácter.

— Hombre, como comprarle, no; pero entremos, me *paice* que nos convidará.

— Bueno, bueno. Pero cuando iban á entrar en la tienda, el segundo se marchó solo.

— ¡Ridiez, qué *juada*. En fin, adelante, — pensó el baturro. — Buenos días tengan *ustés*.

— Perdona por Dios, hermano.

— ¡Otra! si no vengo á pedir limosna. Venía á ver si me querían comprar un bolo *dioro* que *miencontrau* en la obra.

— Caramba, sí. ¿Y es muy grande?

— Bastante; ya lo verán *ustés*.

— Tome usted una *copica*.

— ¡Vaya! Por no despreciar...

Y el diálogo fué continuando, y el buen hombre comiendo y bebiendo, que daba gusto verle. Cuando no pudo más, se acercó disimuladamente á la puerta y al salir dijo:

— Bueno, pues, cuando me lo encuentre ya lo *trairé*.

El cuento de la onza es conocidísimo, pero queremos referirlo porque da clara idea de uno de los aspectos que el tipo aragonés tiene.

Sucedió el hecho en Madrid. Un individuo de edad avanzada iba, acompañado de su hijo, por la Puerta del Sol, en época de fiestas; pero, efecto de la aglomeración, el anciano alejóse algo. Esta coincidencia aprovechóla un revendedor de billetes, quien le ofreció, con segunda intención, entradas para los toros.

— Hombre, sí; pero supongo que no me engañará usted; ya ve, soy un pobre forastero.

— No tenga ningún cuidado.

El viejo sacó el extremo de la faja donde tenía formado el bolsillo, corrió la anilla, y entre varias onzas de oro escogió una y se la entregó, recibiendo, desde luego, el cambio.

El hijo, que andaba buscando á su padre, vió la última parte de la escena descrita, y llevándose las manos á la cabeza dijo, apesadumbrado:

— ¡Ay, padre! ya le han engañado á usted.

— Sí, sí, — respondió el viejo irónicamente, — ¿no te dije que la *pararía*?

¡Inútil es hacer constar que aquella onza era falsa.

Además de ser irónico y ladino, el aragonés tiene, en alto grado, el espíritu de justicia. Vamos á demostrarlo con el relato de una sublevación, acaecida en Zaragoza, hace pocos años.

La Audiencia de dicha capital había condenado á muerte á dos hombres y una mujer, por el delito de asesinato. Un malhechor, pagado por la mujer y su amante, dió traidoramente de puñaladas al marido. Más tarde, aquella fué indultada, gracias á los trabajos de su defensor que era un político de gran influencia; pero el pueblo zaragozano amotinóse al grito de: «á todos, ó á ninguno», y los tres fueron indultados.

Ese es el tipo baturro: irónico, con mucha gramática parda, justiciero, y de un corazón muy grande. La ciudad de Zaragoza tiene, entre sus numerosos títulos, el de «Muy Benéfica».

Un detalle: para encontrar el calzón corto y el *cachirulo*, es decir, el pañuelo, no vayas á la capital, sino á los pueblos, y cuanto más pequeños mejor.

FRANCISCO GIRALDOS

## EL CANTO DE LA MUERTE

Soy el alma del mundo. Soy la bienhechora de los hombres.

Yo calmo todos los dolores y apago todos los odios y desenlazo los dramas que sin mí durarían eternamente.

Soy más fuerte que la vida, pues sin mí no podría existir ella.

¿De dónde sacaría materia para formar nuevos seres? ¿Dónde hallarían espacio para vivir los seres todos?

El aburrimiento, el aburrimiento mortal, que nace en el hombre al conocer á sus semejantes, dominaría como dueño absoluto en la creación entera. No habría transformaciones sin mi fuerte soplo.

La materia estaría aún en estado radiante y los mundos y soles no rodarían por el espacio desmedido; calor y frío, luz y sombras, lo bueno y lo malo, lo fuerte y lo deleznable, materia y espíritu, grandeza y pequeñez, riqueza y pobreza, inteligencia y tontería no existirían.

Yo soy autora de cuanto vive porque he acabado con cuanto vivió. Yo soy la fuerte, la imperecedera, la absoluta.

¡Erigidme altares y arrodilláos ante mí, mortales, súbditos míos!